

El corazón de la banshee

RAQUEL DE LA MORENA

Libros de
seda

*A mi marido, Pedro,
porque sin sus implacables críticas
y sus incansables ánimos
esta novela nunca habría visto la luz*

Capítulo 1



El proceso comenzó como de costumbre: el sol estaba a punto de extinguirse tras las montañas cuando, de manera súbita, sintió que las lágrimas brotaban y se derramaban violentamente por sus mejillas como nieve licuada en un alud. Aquel fenómeno físico y el frío que le atenazaba los huesos eran pruebas fehacientes de que se acercaba a su destino, Stormfield Castle.

A sabiendas de lo que venía a continuación, se sirvió de la capucha de su capa para cubrirse la cabeza. Porque, igual que un árbol a las puertas del invierno, sus cabellos, de un cálido tono chocolate, comenzaron a marchitarse de las raíces a las puntas hasta transformarse en glaciales hebras plateadas.

Erin Galbraith volvió la cabeza y se parapetó en la oscuridad del rincón más próximo a la ventanilla del coche de postas en un intento por ocultar al resto de pasajeros su aparente aflicción. De advertir que una emisaria de la Muerte viajaba entre ellos, el pánico se habría apoderado de aquellos cinco individuos, cuya bendita ignorancia convertía sus vidas en felizmente corrientes.

La joven se llevó los dedos índice y corazón al cauce de piel por el que fluía la llantina, cortándole el paso. «Si resultara igual de sencillo desviar el curso de los acontecimientos...», pensó al tiempo que deseaba con todas sus fuerzas que el objetivo de su misión fuera un anciano. Nunca había abordado un «encargo» sin la supervisión de *lady* Máda; y del individuo que la aguardaba al final de aquel sendero de tierra y guijarros escoceses solo conocía el nombre: Killian O'Connor. «Por lo más sagrado, que no sea un niño, que no sea un niño».

Cerró, pesarosa, los ojos.

A lo lejos se oyó el lastimero ulular de un ave nocturna que hizo estremecer al resto del pasaje. Como tortugas acobardadas, la mayoría de los viajeros se arrebujaaron aún más en el calor de sus finos abrigos. Solo una señora de generosa figura y muy desprendida palabrería —no había escatimado en compartir todas y cada una de sus insulsas impresiones desde que se subiera al vehículo en Kyleakin— osó perturbar la rítmica melodía que interpretaban los cascos de los percherones.

—¡Cielo santo! —No se conformó con llevarse teatralmente la mano al pecho: también hizo apresuradamente la señal de la cruz dos veces—. Deberíamos andarnos con ojo. Por el canto de esa lechuza, me atrevo a proclamar que una bruja de gran poder acecha estas tierras.

—Querida, esas no son sino supersticiones —replicó el que a todas luces parecía su marido. El hombre, armado de una paciencia infinita, se retiró el sombrero unos segundos para atusar la incipiente calvicie que lucía como recuerdo del devastador paso del tiempo—. Con semejantes bobadas lograrás inquietar a la señorita —añadió señalando a Erin, que seguía cobijada bajo su capucha.

En realidad, el canto del animal —que era un cárabo, y no una lechuza— no había asustado a la joven lo más mínimo. ¿Cómo podría, si era su compañero en aquella expedición? De hecho, si la rapaz se había lamentado de manera tan quejumbrosa en pleno vuelo había sido debido a las premonitorias lágrimas de la señorita Galbraith. Ambos se hallaban conectados, de manera que a ella se le había otorgado el don de contemplar el mundo a través de los ojos del autillo cuando lo precisaba y el ave era capaz de entender no solo las órdenes de la muchacha, sino también sus penas y alegrías. Erin lo había llamado *Argos* en honor de un gigante de la mitología griega al que se representaba con cien ojos, porque eso era lo que el cárabo hacía por ella: permanecer vigilante desde el cielo a todo lo que acontecía sobre la tierra.

Mientras la parlanchina dama se encaraba con su estoico consorte para exponerle su teoría acerca del vínculo que unía a brujas y bestias nocturnas, la señorita Galbraith permanecía inmóvil como una estatua de sal —a tenor de lo que le escocían los ojos—.

Al menos, había dejado de llorar; solo había sido el prelude de lo que vendría cinco días después.

Le resultaba difícil no sentirse confusa ante aquel extraño fenómeno: derramar lágrimas como un mero acto físico, tan vital e inevitable como respirar. En sus veintiún años de vida siempre había intentado mostrar fortaleza y espíritu combativo ante el resto del mundo, tal y como había aprendido tomando como referencia la conducta de sus hermanos mayores, así que en raras ocasiones había permitido que alguien fuera testigo de sus flaquezas. Incluso siendo muy niña, cuando a escondidas de la meticulosa custodia de su madre y sus maestros jugaba con los muchachos a guerrear y le golpeaban las piernas sin piedad con las espadas de madera, ella apretaba los dientes para mantener a raya el dolor y el llanto. En cambio, ahora, sin daño tangible, su cuerpo se veía obligado a segregar aquellas abultadas gotas de pesadumbre por alguien a quien ni siquiera conocía.

«Deja de lamentarte y recuerda las enseñanzas de *lady* Máda. Tu misión es ancestral, honorable y necesaria; no permitas que unos estúpidos sentimientos la entorpezcan, porque entonces el dolor que ocasionarás será infinitamente más luctuoso», se reprendió sin autocompasión.

Intentó distraerse con el paisaje crepuscular, casi veraniego, que se deslizaba ante sus ojos, y lo consiguió. Tal era la belleza de la isla de Skye —en la que el coche de postas se había adentrado hacía varias horas, tras una breve travesía en ferri—, que Erin olvidó por un momento que había dejado el corazón en Irlanda, a muchos días de viaje de donde se encontraba. En Dublín, sus adorados padres y hermanos continuaban llorando su pérdida: la creían muerta, y aunque por sus venas fluía la misma sangre de siempre, Erin Galbraith tenía prohibido retornar a su antigua vida, con aquellos a los que tanto amaba.

* * *

Todo había comenzado aquella fatídica noche, cinco meses atrás. El más joven de sus tres hermanos, Liam, de tan solo ocho pri-

maveras, había contraído la escarlatina y hacía días que todos aguardaban el más trágico de los desenlaces en Deepwell House, la mansión familiar.

Erin se había acostumbrado a pasearse arriba y abajo por el corredor que daba a la puerta de la alcoba del niño, ya que, por tratarse de una enfermedad en extremo contagiosa, únicamente su madre, el médico de los Galbraith, que visitaba a menudo la casa, y dos cuidadoras —una diurna y otra para las noches— estaban autorizados a traspasar aquel umbral.

Mary, que atendía a Liam en las horas de luna, acababa de desaparecer por un recodo del pasillo en dirección a la cocina, en busca de un caldo de pollo para el enfermo. Cuando Erin oyó aquel lastimoso llanto al otro lado de la puerta, no dudó ni un instante. A pesar de la prohibición explícita, se precipitó hacia el cuarto para atender las necesidades de su hermano.

El benjamín de la familia yacía dormido sobre la cama, con aquellas llamativas erupciones cutáneas coloreándole la cara y el pecho, las únicas zonas de su diminuto cuerpo que las sábanas dejaban a la vista. Liam respiraba con dificultad, pero las gotas que le refrescaban el rostro no eran lágrimas, sino el sudor de la fiebre que le caldeaba frente, mejillas y sienes.

Erin iba a acercarse más a él cuando percibió el movimiento de una sombra cimbreado en el rincón más oscuro de la alcoba.

—¿Quién anda ahí? ¡Salga ahora mismo o...! —Se mordió el labio inferior mientras pensaba la amenaza más efectiva—. ¡O me veré obligada a gritar pidiendo el amparo de los míos! —exclamó con un ligero temblor de rodillas.

Bufó lamentándose de haber evidenciado semejante pobreza de ingenio; el pánico le obnubilaba la lengua y, al parecer, también el cerebro.

—Los gritos no serán necesarios —respondió a su llamada una mujer.

—Pues entonces, tenga la amabilidad de mostrarse —la invitó Erin, confusa por el delicado tono que desprendía la voz de aquella intrusa.

Nerviosa, se frotó las manos en la caída recta de su vestido de corte imperio. El temor dio paso a la incredulidad cuando de la zona en penumbra que el tímido fulgor de las velas había dejado desamparada vio emerger a una dama de aspecto regio: se cobijaba bajo la capucha de una elegante capa blanca con ribetes bordados en azul turquesa. Sus rasgos eran de una belleza madura, pausada y juiciosa, y los ojos tenían un extraño color gris. Aún acuosos por el llanto, recordaban a un mar de plata fundida.

—¿Quién...? —La señorita Galbraith tragó saliva ante aquella mujer, que le recordó a las hadas buenas de los cuentos que tanto gustaba de leer desde su más tierna infancia—. ¿Quién es usted?

—Aún no salgo de mi asombro, querida niña... ¿De verdad puedes verme?

—¿Y por qué no habría de verla? —Erin frunció el ceño y recluyó tras una oreja el mechón de pelo castaño que se le había escapado del sencillo recogido—. Pero no soy yo la que debe dar explicaciones, sino la que ha de exigir las. ¿Por qué se ha introducido en casa ajena de manera subrepticia? ¿Quién es? Era usted quien lloraba hace un momento, ¿verdad?

Erin iba a proseguir el interrogatorio, pero una terrible sospecha le sobrevino y la obligó a poner fin a aquel ataque de verboreo. Porque el terror propio de la revelación que resulta inesperada del todo la hizo enmudecer unos segundos.

La señora que tenía ante sí dejó escapar un suspiro de reconocimiento.

—No es posible. ¡Yo no creo en...! —protestó Erin.

—¿En *banshees*? —La intrusa concluyó la frase por la señorita Galbraith. No necesitó explicarle el significado del término: cualquier dublinés sabía perfectamente que, en la mitología celta, las *banshees* eran criaturas sobrenaturales que se aparecían en las casas para anunciar con sollozos y lamentos la inminente muerte de uno de sus moradores. Eran mensajeras del otro mundo asignadas a determinadas familias irlandesas y a no pocas escocesas.

En alguna ocasión, sus hermanos Cillian y Gael le habían contado que los Galbraith tenían su propia *banshee*, pero ella siem-

pre pensó que no se trataba más que de una broma para asustarla. Ahora la realidad había transformado en enormes aquellos pequeños temores de antaño. Pese a todo, la joven acertó a asir uno de los candelabros de pie que alumbraban la estancia y lo empuñó como si fuera una pica. La distinguida dama a la que amenazaba, en lugar de amedrentarse, pareció conmovida.

—En breve llegará mi señora, la Muerte, y, cuando tu hermano ya no pertenezca a este mundo, seré yo quien lo guíe al más allá.

—No se llevará a Liam. —Su voz sonó acongojada, entre la amenaza y el ruego—. Puedo asegurarle que no ha llegado su hora.

—¿Crees que no ha llegado? ¿Y por qué derramas entonces esas lágrimas, dulce niña? —preguntó con ternura la *banshee*.

Erin se secó la molesta prueba de su congoja con una de las mangas del vestido.

—Lloro de rabia, sí —dijo mostrando los dientes como si estuviera a punto de rugir como una leona—. Y de miedo, porque usted no es de este mundo.

—Pues deja de temerme. No tengo planeado infligirte ningún daño.

—No es esa la mayor de mis preocupaciones. —La joven desvió fugazmente la mirada hacia el cuerpo febril de Liam antes de volver a dirigirse a la intrusa—. ¿En serio es usted una *banshee*? —Negó con la cabeza tercamente, incapaz de aceptar aquella realidad.

La dama alzó ambas manos y apartó la capucha que le tapaba la cabeza justo a tiempo para que Erin pudiera contemplar una visión mágica: aquellos cabellos de un rojo abrasador, del tono de las ascuas que a unos metros de distancia se consumían en el hogar de la chimenea, habían empezado a cubrirse de una cenicienta capa gris perla.

—Aunque el oído humano es capaz de percibir nuestro lamento, pocas son las personas que pueden vernos junto al lecho del moribundo cuando deseamos camuflarnos de miradas indiscretas con el hechizo del *féth fiada*.

—¿Lleva un velo de invisibilidad? —preguntó incrédula. La *banshee* asintió—. No. No tiene sentido. Solo pretende confundirme.

—Puedes pensar lo que gustes, pequeña.

Se fijó en el rostro de la señora. No parecía una mentirosa, y, de hecho, algo empujaba a Erin a creer a pies juntillas cuanta frase inverosímil pudiera salir por su boca.

—Pero entonces..., ¿por qué yo puedo verla?

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó con cautela la *banshee*.

—Erin Galbraith. Ese es mi nombre —contestó orgullosa.

La *banshee* lo pronunció en voz baja, como si intentara traer al presente un recuerdo lejano. No lo consiguió. Cabeceó, disconforme con sus infructuosos esfuerzos.

—La única razón que se me ocurre para esta rareza es que tú hayas sido uno de sus casos especiales —dijo mientras la examinaba con atención.

—¿Uno de sus casos especiales?

—Alguna vez, la Muerte prescinde de nuestros servicios y ella misma se encarga de acompañar al difunto en su último viaje. Tal vez te ocurriera eso: debió de posar sobre tu frente la yema de su dedo índice para abrirte el tercer ojo, como siempre hace con los moribundos, y finalmente, cosa extraña, llegó a la convicción de que aún no había llegado tu hora —continuó mientras Erin se contraía en un leve escalofrío, como si volviera a sentir el tacto frío de la Parca sobre su rostro—. Mi Señora te dejó abierto el tercer ojo, que proporciona la capacidad de percibir el más allá —le aclaró— y por esa razón puedes verme incluso resguardada bajo el hechizo del *féth fiada*. —Observó la mirada de la muchacha, que persistía en su incredulidad—. Querida, ¿recuerdas si en alguna ocasión estuviste a punto de fenecer?

—El día de mi nacimiento —reconoció Erin mientras, empujada por los dictámenes de la prudencia, daba un paso atrás—. Salí del vientre de mi madre con una vuelta del cordón umbilical al cuello. Solo gracias a la experimentada comadrona que asistía el parto logré salvarme. Mi familia siempre ha contado que durante un minuto creyeron que había fallecido asfixiada. Pasado

ese tiempo, rompí a llorar con tanto sentimiento que provoqué risas de felicidad en mis padres. —Sonrió tímidamente, y de manera instintiva, al recordar la ternura con la que siempre le habían relatado aquella anécdota.

La dama asintió complacida.

—Tengo la sospecha de que mi Señora vio algo fuera de lo común en ti y, por tal motivo, te permitió conservar la capacidad de distinguirnos a las *banshees* incluso amparadas en el hechizo de invisibilidad. —Un turbador brillo en sus ojos inquietó a la señorita Galbraith—. Tal vez lo hizo porque solo aquellas mujeres que pueden vernos tienen la posibilidad de llegar a convertirse en una de las nuestras...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que, si lo deseas, podrías transformarte en una *banshee*.

—¿Y por qué iba yo a desear tal cosa? —inquirió la joven a la defensiva.

—Supone un gran honor —replicó con un sutil tono de censura—. Somos mensajeras de la Muerte, a la que servimos facilitando el tránsito de las almas de los difuntos al otro lado del Confín.

—¿El Confín?

—La franja invisible que separa el mundo material del espiritual. Si no las guiáramos hasta allí, sin nuestra tutela, esas almas podrían perderse y vagar solas por el mundo para el resto de sus días. Cada *banshee* tiene asignadas varias familias; entre las mías os encontráis vosotros, los Galbraith.

Erin torció ligeramente la cabeza, intentando discernir si lo que tenía delante era una mera aparición o algo corpóreo, pero no se atrevía a acercarse más y continuaba con el candelabro de bronce en ristre por si a la *banshee* se le ocurría ponerle la mano encima a su hermano.

—¿Pero es usted humana o inmortal?

—Ambas esencias conviven en mí. No puedo sucumbir de muerte natural, ni tampoco provocada —aseguró mientras lanzaba una significativa mirada a la improvisada arma que Erin empuñaba con firmeza—. Solo cuando mi Señora, aquella a la

que sirvo, considere que ya he hecho suficiente bien en este mundo y me he ganado el descanso eterno, vendrá a buscarme para conducirme al más allá.

—¿Y mientras tanto puede llevar una vida como el común de los mortales? —preguntó con curiosidad Erin, aunque en absoluto estaba interesada en aceptar la sugerencia de la *banshee* de convertirse en una de ellas.

La actitud de la muchacha, ahora inquisitiva y cada vez más alejada del terror que la había dominado en un principio, provocó la sonrisa de la dama de ojos grises.

—No como el común de los mortales —reconoció esta—. Somos *banshees*; es como si nuestro pie derecho nos aguardara en el más allá mientras el izquierdo se sostiene aún sobre el territorio de los vivos.

—¿Y cuál es el proceso hasta convertirse en una de ustedes?

—Conlleva un año de preparación —respondió la *banshee* con cierta expectación. Erin lamentó de inmediato haber formulado aquella pregunta, porque no tenía previsto adquirir ningún tipo de compromiso servil con la Muerte—. Durante ese periodo de aprendizaje, la nueva pupila deberá atender a las lecciones de su instructora, que, en tu caso, sería yo, dado que, como ya te he revelado, soy la *banshee* oficial de los Galbraith.

—¿Lecciones? ¿Qué tipo de lecciones?

—Tal vez la más dura consista en aprender a despojarse de todo sentimiento humano, a no dejarse llevar por el corazón.

—¿Y por qué han de hacer eso? —preguntó disgustada con la idea de que una mujer tuviera que privarse por completo de sus emociones personales.

—Porque las almas a las que ayudamos a cruzar necesitan una mente preclara, sin cargas sentimentales que la distraigan de su misión. Por esa razón la pupila deberá renunciar a su familia, a los lazos afectivos que la unen con este lado del Confín.

«Decir adiós a todas las personas a las que un día amaron. Qué solitario y trágico destino», pensó la joven. «No me extraña que se conozca a las *banshees* por sus lamentos. Yo también me pasaría el día llorando si me separaran de mi familia. Me pregunto si...».

—Por favor, Erin, no te calles nada. Si está en mi mano, gustosamente daré respuesta a todas tus inquietudes.

La muchacha fue incapaz de rechazar aquella amable invitación, aunque entornó los ojos con recelo.

—Y entonces... quien acepte convertirse en *banshee* tampoco podrá formar jamás su propia familia —dedujo la joven, que nunca se había mostrado especialmente interesada en la idea del matrimonio al considerar que un contrato social de esas características sin duda mermaría la libertad que la había acompañado durante sus dos decenios de vida. Haber nacido en una familia acomodada le otorgaba una independencia de la que carecían la mayoría de sus congéneres, quienes, por la imperiosa necesidad de asegurarse techo y comida, se sentían inclinadas a tomar esposo; las más afortunadas, escasas en número, aleccionadas por la idea de que en verdad amaban al hombre elegido.

La dama asintió satisfecha al percatarse de la clarividencia de la muchacha.

—Las hermanas *banshees* seremos su familia a partir del instante en que pase a ser una de nuestras aprendices.

—No pueden casarse ni permanecer en contacto con los suyos... ¿Son ustedes una especie de monjas de clausura?

Aunque Erin era católica y muy devota, nunca había entendido la practicidad de una vida dedicada en exclusiva a la oración y el sacrificio.

La mueca de Erin hizo reír a la señora.

—No nos sometemos a un aislamiento total. De hecho, podemos desplegar facultades que de otra manera una fémina tendría complicado desarrollar. Por ejemplo, yo soy historiadora. Mi nombre, *lady* Máda, es reconocido en todo el Imperio británico...

—¿Usted es *lady* Máda O'Grady?! —preguntó Erin asombrada e, inconscientemente, dejó que el candelabro se posara de nuevo en el suelo.

—Asumo que encuentras en la Historia una materia de tu interés.

—Sí, aunque, si se trata de hablar de historias, siempre me he decantado más por el folclore popular —reconoció la joven, quien,

asaltada por una nueva duda, la dejó escapar con desenvoltura—. Una historiadora de su reputación... Si en su día se alejó de su familia, ¿cómo es que ahora, siendo usted tan célebre, no la han buscado?

—No conservo el nombre con el que me bautizaron, y, en cualquier caso, nunca salí del anonimato hasta que los días de los míos hubieron pasado. Todos abandonaron este mundo hace ya largo tiempo, querida niña. —Como Erin no quería sonar descortés, se resistió al impulso de preguntar a la *banshee* por su edad, aunque calculó que apenas podía rondar los cuarenta años—. Así que te interesa el mundo de las leyendas...

—A la vista está que los cuentos del pueblo no son solo leyendas —objetó la muchacha dando un resoplido.

—No me vendría mal una pupila que se encargara de ese tipo de material... y pareces una joven despierta y con inquietudes. —*Lady Máda* era optimista por naturaleza, así que aquella pausa marcó un punto y seguido—. ¿Estarías interesada en el puesto?

¿Ser la pupila de una historiadora como O'Grady, de eminente prestigio incluso más allá de las islas británicas? Erin siempre había deseado dedicarse a un oficio de provecho, una posibilidad que en su mundo correspondía en exclusiva a los hombres. Se reconocía poco entusiasta de las labores propias de su género, como bordar, tocar el piano y aprender a llevar una casa. Eso no le bastaba, y su actitud rebelde había propiciado algún que otro quebradero de cabeza a sus pacientes progenitores. A semejanza de Cillian y Gael, ambos mayores que ella, había recibido instrucción en casa con los mejores tutores, pero, llegada una edad, los muchachos habían podido acceder a la universidad y Erin no. «¿Y si esta es mi oportunidad para tener una vida emancipada y fructífera?», se planteó la joven, esperanzada de repente en el futuro.

Todos sus anhelos le cayeron a plomo sobre el dedo gordo del pie al percatarse de que la oferta de la *banshee* tal vez no era tan desinteresada como ella habría deseado.

—Cuando dice que necesita una pupila... —La miró con los ojos turbados por la desconfianza—. No solo requiere los servicios de una ayudante para sus trabajos como historiadora. ¿Estoy en lo cierto?

—Me alegra comprobar que eres una joven de espíritu sagaz. Llevas razón: es una oferta doble e indisoluble la una de la otra. —La desilusión cruzó las facciones de Erin sin miramiento alguno—. La Revolución Industrial ha provocado que la población aumente —se explicó O’Grady—, y, si deseamos seguir haciendo nuestro trabajo con la misma dedicación y eficiencia, necesitamos a nuevas aprendices.

—Lo siento, pero en ese caso no me es posible aceptar. —Erin, en un gesto muy suyo, negó con la cabeza varias veces, como si intentara convencerse a sí misma de que esa era una decisión inapelable—. No podría soportarlo. Verme forzada a dejar a mi familia, sin posibilidad de volver a verlos nunca más... No, es imposible.

—Entonces, querida, no hay más que hablar —respondió apenada la *banshee* al tiempo que se acercaba al lecho donde Liam dormitaba.

Lady Máda ya se había quitado la capa y la había extendido sobre el cuerpo del pequeño cuando Erin entendió que de alguna manera lo estaba preparando para la inminente visita de la Parca. La muchacha avanzó con decisión y apartó de Liam aquella prenda como si fuera un trozo de tela en llamas.

—¡Mi hermano tiene un corazón muy fuerte! —logró exclamar pese a la congoja que le estrangulaba la garganta—. ¡Todavía puede seguir luchando!

—Mi Señora está a punto de llegar —vaticinó *lady* Máda antes de que su mirada se perdiera un instante en una de las paredes de la alcoba. Erin no podía verla porque se encontraba justo a su espalda, pero una sombra llena de oscuridad y vacía de sonido acababa de atravesar aquellos gruesos muros y escuchaba atenta la conversación entre ambas— y yo debo acompañar a tu hermano hasta el otro lado del Confín. Está escrito que así sea.

Erin cayó de rodillas frente a la *banshee*. Nunca se había doblegado ante nada ni nadie.

—Se lo suplico... Es un niño con tanta vida por delante... Aún no puede dejarnos. Si los cuentos y leyendas contienen algu-

na verdad, y su mera existencia, señora, así lo constata, siempre se puede hacer algo para evitar las desgracias.

—Solo sé de un caso en el que la Muerte puede hacer una excepción —sentenció la *banshee*. Erin, esperanzada, se puso de pie.

—Hable, por favor. Dígame qué debo hacer.

—Una vida por otra. —La mirada inquisitiva de Erin invitó a *lady* Máda a seguir hablando—. Solo tienes que unirte a nosotras. Convertirte en una *banshee*.

Por lo que la historiadora había dicho, la falta de empatía era una cualidad en las de su especie, pero la señora O'Grady pareció lamentar la congoja de Erin al escuchar aquella revelación.

—No, por favor... Tiene que haber otra forma de salvarlo —rogó mientras, con actitud protectora, colocaba una mano sobre la colcha que cubría a su hermano.

—Eso es lo único que permitiría a Liam sobrevivir a esta enfermedad mortal. —Se detuvo un instante, dejando que la joven asimilara la situación que se le planteaba, y le ofreció un nuevo aliciente—. Al fin y al cabo, ninguno de los dos moriréis, pues tú seguirás conservando tu cuerpo y envejecerás a razón de un año por cada once. Algunas de nosotras han superado ya los nueve siglos de edad.

«Nueve siglos...». Erin se preguntó cuántas maravillas la aguardarían en el mundo, listas para ser descubiertas, en esos novecientos años de existencia. Aun así, dudó, porque aquello a lo que debía renunciar era lo máspreciado que había tenido.

—Pero perderé a mi familia... Y ellos lo son todo para mí. Más importantes que yo misma. ¿De verdad tengo que abandonarlos para siempre?

La *banshee* se mostró tajante:

—Sí. Incluso durante el año de formación en que serás mi pupila me veré obligada a prohibirte que mantengas contacto con ellos. Deberán pensar que has muerto. Es algo por lo que todas hemos pasado... Y no te voy a mentir: entraña un gran sacrificio.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó atribulada la joven Galbraith.

—Una última advertencia que has de tomar en consideración antes de decidirte: si no consigues pasar la prueba al final de esos doce meses, si eres incapaz de mantener a raya tus sentimientos humanos, no le resultarás de ninguna utilidad a la Muerte y vendrá a buscarte para llevarte al otro lado del Confin. Como te dije antes: una vida por otra. —Máda O’Grady le concedió unos minutos de reflexión antes de insistir—. La cuidadora de tu hermano está a punto de regresar y esta conversación debe llegar a su fin porque, en su presencia, no podremos seguir hablando. Dime, muchacha, ¿te has decidido ya?

Capítulo 2



Un bache a duras penas superado por las ruedas del carruaje sacó a Erin de sus recuerdos y, por un momento, la devolvió al presente. Lo más difícil de su nueva vida era lidiar con sus sentimientos humanos. ¿Cuántas veces, en los últimos meses, había rondado de noche Deepwell House buscando el consuelo de un pasado al que ya nunca podría regresar? Al hacerlo, había desobedecido las instrucciones de *lady* Máda, y esta, consciente de las infracciones de su pupila, se había visto obligada a sancionarla: el castigo consistía en llevar a cabo aquella misión, sola y lejos de Irlanda. Porque la muchacha siempre había actuado bajo la supervisión de su tutora y solo en Dublín y alrededores.

Erin se sentía mortificada ante la idea de que sus seres queridos ni siquiera hubieran podido recuperar un cuerpo exánime al que amortajar, llorar y enterrar en el mausoleo familiar. ¿Cómo iban a hacerlo, si seguía viva?

* * *

La madrugada de su fuga, solo unas horas después de su primer encuentro con la señora O'Grady, Erin había abandonado a hurtadillas la mansión de sus padres, se había acercado a la orilla de una playa cercana de la bahía de Dublín en la que acostumbraba a nadar desde pequeña y se había deshecho del vestido, las enaguas, el corsé y las medias de seda. Lo tendió todo bien a la vista sobre una prominente roca. Pese a que se había puesto el abrigo de nuevo, dado que debajo solo llevaba la camisa interior de lino y los pantaloncillos que le llegaban hasta las rodillas, percibió cómo el frío de aquella madrugada hibernal le atravesaba los poros y

le provocaba escalofríos. Se abrazó en un intento de preservar el calor corporal y cerró los ojos, imaginando que era su adorada madre la que se aprestaba a darle consuelo.

Solo volvió a abrirlos cuando sintió una presencia extraña a su lado: la muchacha, de más o menos su edad —al menos en apariencia—, dijo que se llamaba Dairine Burke y, según se enteró después, era una *banshee* novata: llevaba ejerciendo no más de diez años.

—Señorita Galbraith, ya puede dejar el abrigo sobre la roca, junto al resto de sus pertenencias —le dijo e, inmediatamente, la cubrió con una gruesa capa teñida del color de la noche.

Después la invitó a seguirla en silencio por las solitarias calles dublinesas. En la avenida Beech Hill, se toparon con un par de borrachos que, arrellanados en el suelo y enganchados a una botella de vino amargo, malentonaban, con una pericia casi ensayada, *Molly Mallone* con voz profunda y, a cada nota, más cerca del eructo. Aunque las muchachas pasaron a solo medio metro de sus bailarines pies, no repararon en ellas. Dairine advirtió en el rostro de Erin una mueca de extrañeza.

—Es por su nueva capa —le susurró—. La cobija de miradas indiscretas, como a mí la mía. —En su caso, era de un impoluto color blanco, como la de *lady Máda*.

—¿Está hechizada con el *féth fiada*? —preguntó asombrada Erin al tiempo que palpaba aquella tela gruesa aparentemente vulgar.

Su cicerone, de pocas palabras, se limitó a asentir con la cabeza y no volvió a abrir la boca hasta que llegaron a una hermosa casa señorial de la zona sur de Dublín.

—A partir de ahora, este será su hogar —dijo la señorita Burke mientras con un gesto tímido la invitaba a atravesar una verja que se interponía entre la calle y un alegre jardín tachonado de lavandas, rododendros, azaleas y rosas—. Aunque esta mansión se halla muy lejos de su antiguo hogar, cuando se vea obligada a salir deberá cuidarse de hacerlo con el hechizo del *féth fiada*, ya que, en caso contrario, alguien podría reconocerla y comunicar a su familia que sigue con vida.

A los dos días, *lady* Máda informó a Erin de que todo había salido tal y como habían convenido: los Galbraith estaban convencidos de que su hija había fallecido ahogada en aguas de la bahía de Dublín. Para consuelo de Erin, en todo momento se habló de «accidente» e «imprudencia» y nunca de «suicidio», rumor que sin duda habría sido mucho más doloroso para sus padres y hermanos.

La dublinesa se sintió aliviada y apenada a un tiempo al entender que los suyos no habían previsto iniciar otra búsqueda que no fuera la de su cadáver. No había vuelta atrás para ella, y, desde luego, no se arrepentía en absoluto de la decisión que había tomado; menos aún cuando la *banshee* le anunció que Liam había experimentado «una recuperación asombrosa, casi milagrosa, a ojos de los médicos».

* * *

Erin echó un nuevo vistazo por la ventanilla del coche de postas y comprobó que el día caía derrotado sobre la isla de Skye con la natural intención de no volverse a levantar hasta unas siete horas más tarde, cuando se sacara de encima a la plúmbea noche.

También ella sentía que se cernía sobre sus cada vez más resistentes espaldas una pesada carga. Habían transcurrido cinco meses desde su iniciación como *banshee*; así pues, solo le quedaban siete para que el ritual de vasallaje, si en justicia era digna de ello, quedara sellado entre la Muerte y ella.

El carruaje se detuvo y el cochero anunció a voz en cuello la parada en la que Erin debía apearse. Dando ejemplo de eficiencia, el mozo que acompañaba al conductor ya había depositado el equipaje de la señorita Galbraith en el suelo cuando esta descendió. Ella se lo agradeció con una moneda y respondió al saludo que el cochero y su ayudante le dedicaron antes de proseguir viaje.

Erin se acomodó sobre el pequeño baúl en el que guardaba la mayor parte de sus pertenencias, comprobó la hora en el reloj de bolsillo y echó un vistazo al cielo en busca de su inseparable compañero. No consiguió localizarlo en las alturas, así que cerró los

ojos y se dejó llevar por la conexión que la unía al cárabo. Incluso con los párpados bajados, pudo «ver»: Argos estaba sobrevolando en ese momento un páramo cubierto de brezo, no lejos de donde ella se encontraba. Disfrutó de la sensación de libertad. Como si fueran sus propios brazos, sentía el viento bajo las alas de la rapaz, sosteniéndolas en su vuelo y animándolas a elevarse aún más en busca de la luna llena que esa noche colmaba de una luz mágica el firmamento.

El lejano sonido de unos cascos de caballo magullando el camino polvoriento la sacó del pacífico trance, y, mucho antes de que el carruaje se hiciera visible, se llevó los dedos índice y corazón de ambas manos a la boca para emitir un potente silbido. Sacó de su maleta de mano un guante con el que se cubrió el brazo derecho. Nada tenía que ver con la delicada prenda de seda que una señorita acostumbraría a vestir en una reunión social: este, en dos tonos de marrón, le llegaba prácticamente al codo y era grueso como la piel de un elefante. A los pocos segundos, las garras de Argos se posaron sobre el guante de serraje y el animal se entregó a las caricias con que Erin recompensó su obediencia; las plumas, coloreadas de tonos rojizos y castaños con manchas blancas, se estremecieron ligeramente de placer.

—Soy consciente de que mi propuesta no va a ser de tu agrado —se dirigió al ave mirándolo directo a sus oscuros y profundos ojos, ahora entrecerrados por el cariñoso masaje de cabeza que le regalaban los dedos de la joven—, pero me temo que, para llevar a cabo nuestra presentación en Stormfield Castle de manera pertinente, habrás de regresar a tu jaula. Te prometo que, en cuanto nos encontremos a solas en la alcoba que me hayan asignado los O'Connor, te devolveré la libertad: abriré la ventana para que puedas ir a buscar tu cena. ¿Trato hecho?

En respuesta, el autillo, de unos treinta y cinco centímetros de altura, se dejó meter con docilidad en la pajarera de reja blanca, cuya forma imitaba la silueta de un palacio hindú.

Un faetón tirado por dos robustos Clydesdales hizo su aparición al final del sendero. Cuando el conductor llegó a la altura de la joven, se levantó el sombrero para saludar, respetuoso y servicial.

—¿Es usted la señorita Galbraith? —le preguntó con voz angustiada—. Espero que no lleve mucho tiempo aguardando por mí. Aunque este es un condado de gente pacífica, cuando oscurece no resulta seguro para una dama permanecer sin compañía en un cruce de caminos.

—Oh, no se inquiete. Ya ve que me encuentro perfectamente.

Observó al cochero, aquejado de un sentimiento de culpa que le pareció del todo innecesario, y decidió mentir:

—La diligencia acaba de marcharse. Está ya muy oscuro, pero si mira en aquella dirección, hacia el horizonte, tal vez todavía pueda distinguir dos puntos de luz, los de los faroles del carruaje. —Aun cuando era imposible que el sirviente de los O'Connor avistara tal cosa, puesto que Erin llevaba esperándolo más de quince minutos y el coche de viajeros andaría ya bastante lejos, las palabras de la joven lo reconfortaron—. Así que deje de preocuparse, señor...

—Me llamo George Callaghan. Para servirla, señorita —dijo mientras echaba los pies a tierra de un ágil salto. Una estrecha cicatriz le cruzaba el pómulo derecho, otorgándole una imagen cruenta que salvaba sin dificultad gracias a la sonrisa perenne que esbozaban sus labios y al destello sincero de sus ojos castaños.

George se levantó de nuevo el sombrero para atusarse el cabello color panocha salpicado de canas y preguntó con un gesto si podía empezar a cargar el equipaje de la dama en el carruaje.

—Por supuesto. Se lo agradezco mucho, señor Callaghan. ¿Nos encontramos lejos del castillo? —preguntó Erin, que empezaba a sentir cómo el frescor de la noche se extendía para cubrirlo todo a su paso.

Sobre una colina lejana vio refulgir un rayo. El cochero, que se percató del temor de la joven, le aseguró que no tenía por qué inquietarse, ya que apenas tardarían diez minutos en estar a resguardo en Stormfield y, en cualquier caso, aquella tormenta eléctrica avanzaba en dirección opuesta.

George cumplió lo prometido, y a las diez de la noche, tras dejar atrás hectáreas de páramos estériles y el sendero que recorría un frondoso bosque, la señorita Galbraith avistó, en lo alto de un

promontorio rocoso, una construcción de época medieval. Era majestuosa, y aunque la noche había hecho desaparecer como por arte de magia los detalles, Erin distinguió vetustas torres y almenas defensivas en color gris que se alzaban recortadas frente a un fondo que dominaban el cielo arriba y, por el rumor que le llegaba del batir de las olas, el mar abajo.

Atravesaron el espacioso puente de piedra que comunicaba con la entrada de Stormfield Castle y George, haciendo chasquear las riendas sobre los lomos de sus caballos, los animó a cruzar el portón de la muralla que abrazaba el castillo. El carruaje penetró en un patio de armas en el que destacaban la fachada de la residencia de los O'Connor y, en un lateral, las caballerizas. Erin admiró impresionada las vastas proporciones de la fortaleza, aunque pronto se sintió desolada al comprobar que nadie de la familia la estaba esperando en la escalinata que conducía a la puerta principal. Un lacayo abrió la portezuela del faetón y la saludó con una reverente inclinación de cabeza antes de tenderle una mano enguantada para ayudarla a descender.

—Lamento comunicarle que los O'Connor pasarán toda la velada fuera —explicó George, que también se había apeado del carruaje y parecía dotado de un sexto sentido para captar los sentimientos de quienes lo rodeaban, incluso si acababa de conocerlos—. Según me ha informado la señora Campbell, el ama de llaves, se encuentran de visita en casa de *sir* Brandan y *lady* Lesslyn. Los MacNicol —especificó al comprender que la muchacha no era de aquellos lares y bien podía desconocer a tan distinguido matrimonio—. Así que me temo que las oportunas presentaciones no podrán tener lugar hasta mañana, en el desayuno.

—Oh, está bien. No tiene importancia. —Disimuló la decepción de la mejor manera posible—. ¿Sabe quién me guiará hasta mis...?

—¿Señorita Galbraith? —la interrumpió una señora que acababa de aparecer por la puerta principal ataviada con un vestido con las mangas abullonadas y un vistoso lazo verde adornándole el escote como único toque de color. Sin esperar la respuesta de Erin, continuó—: Soy la señora Campbell, el ama de llaves —se

presentó con gesto algo apurado—. Lamento haberme demorado, pero estaba inspeccionando la alcoba que se le ha asignado, asegurándome de que dispone de todo lo necesario. Si echa algo en falta, no dude en hacérmelo saber, por favor. Pero venga, deje que la ayude con su equipaje —se ofreció al tiempo que tomaba la pequeña maleta de mano de Erin, que aún no había tenido oportunidad de abrir la boca ante aquella mujer de cariñosos pero implacables modales—. Si es tan amable, sígame, querida. George y Allan se encargarán de subir su baúl de inmediato. Qué búho más encantador —comentó observando la jaula que la señorita Galbraith cargaba con delicadeza.

—Se llama Argos, y en realidad es un cárabo —pudo por fin meter baza Erin. Le dedicó una sonrisa a la criada, agradecida por el afectuoso recibimiento.

Se sentía cómoda permitiendo que el ama de llaves llevara el peso de la conversación, ya que ella prefería entregarse a la liviana tarea de observar el dispendioso mobiliario, los cuadros que rememoraban escenas familiares, el solado de mármol en damero gris y blanco, la colosal araña de cristal de Bohemia y una escalinata con doble acceso que se ramificaba y volvía a reunirse en los descansillos de las tres imponentes plantas. Todo contemplado a la luz de los numerosos candelabros de pared que iluminaban el vestíbulo.

La señora Campbell, seguida de Erin, subió con un garbo impropio de su avanzada edad los escalones que conducían hasta el segundo piso. Una vez allí, el descansillo, a semejanza de lo que ocurría una planta más abajo, se bifurcaba en dos estrechas galerías en sentidos opuestos.

—*Milady* se ha mostrado muy exigente en lo concerniente a la disposición de su dormitorio. Deseaba que, para cuando usted llegara, todo luciera perfecto. La ha ubicado en una de las habitaciones del ala donde duerme la propia familia —le explicó mientras la conducía por el pasillo de la derecha—. *Lady* Aneira me ha encargado comunicarle que lamentaba muchísimo no estar aquí para recibirla, pero que tenían el compromiso con los MacNicol desde hace semanas y no podían faltar a la velada. Se siente

emocionada por la oportunidad de hospedar a la pupila de la gran historiadora Máda O'Grady, ¿sabe? Confía en que, durante su estancia en el castillo, su tutora considere oportuno rendirnos visita al menos por unos días. ¿Cree que será posible? —Se dio la vuelta, muy interesada en escuchar la respuesta de Erin.

—No sabría decirle, señora Campbell. *Lady* Máda no me ha dicho nada al respecto, pero, en cuanto tenga oportunidad de escribirle, le haré saber que los O'Connor se sentirían muy halagados si pudiera escapar de sus múltiples compromisos laborales para alojarse unos días en Stormfield Castle.

—Sí, por favor. Hágalo, hágalo —insistió el ama de llaves, muy satisfecha de haber maniobrado en favor de los intereses de su señora—. Hemos llegado a su alcoba —anunció mientras abría la puerta y se hacía a un lado para dejar que Erin pasara.

Una gran cama de roble tallada a mano y adornada con un majestuoso baldaquín presidía la habitación. Erin leyó en voz baja:

—*Never back down.*

La señora Campbell levantó la mirada hasta la inscripción, grabada en la viga de madera que se alzaba muy cerca del techo, sobre los pies de la cama.

—Es el lema de los O'Connor —explicó.

—Supongo que los hombres de la familia siempre han sido testarudos, y de ahí lo de nunca retroceder o echarse atrás —bromeó Erin.

—Oh, sí, señorita. Son los más tozudos del mundo, en especial el *laird* y su hijo mediano, el señorito Declan. Y también unos caballeros de sin igual determinación y valor —añadió con orgullo mientras se restregaba, afanosa, las manos.

Erin depositó la jaula de Argos sobre un tocador de madera con espejo giratorio y tres cajones al que precedía un taburete tapizado en fina seda floreada. Había una palangana en el suelo, junto a la chimenea. Contenía agua retirada del fuego minutos antes —según entendió la irlandesa al ver que humeaba— para que pudiera remojar los pies, entrar en calor y aliviar la fatiga del viaje.

También descubrió con deleite que un biombo separaba la zona de baño, dominada por una enorme bañera de cobre pulido. Tras varios días de intenso periplo, pese a sentirse famélica, la señorita Galbraith habría sacrificado con gusto la cena a cambio de disfrutar de un baño relajante en aquella tina, pero desde pequeña había aprendido a no abusar de su posición privilegiada y juzgó que las diez y media de la noche no eran horas de importunar al servicio de Stormfield con el trabajo de acarrear cubos de agua caliente hasta la segunda planta del castillo.

El sonido del mar, ligeramente airado, le llegó a través de la ventana, que estaba cerrada. Se acercó para contemplar las vistas y quedó impactada por la belleza del paisaje. Las olas se mecían acompasadas en un vaivén infinito que embestía con fiereza las rocas que guarecían las bases del castillo.

—¿Le gusta, señorita Galbraith?

—¿A quién podría no gustarle? —respondió algo turbada por la maravillosa visión que la luna le ofrecía.

La señora Campbell soltó una risilla de satisfacción al constatar que la invitada de sus señores había quedado notablemente impresionada por sus aposentos. En ese instante, alguien llamó con discreción a la puerta, aun cuando permanecía abierta: eran George y Allan acarreando el baúl de Erin. Lo dejaron en el lugar que la joven les señaló y abandonaron de inmediato el cuarto. Al poco irrumpió otra de las criadas, cargada con una bandeja de plata.

—Sospeché que estaría agotada y hambrienta tras tan largo viaje y que preferiría cenar en su alcoba —explicó el ama de llaves. La señorita Galbraith asintió agradecida—. Si necesita más leña para la chimenea, no tiene más que pedirla. Sea la hora que sea —añadió señalándole el cordón de terciopelo que conectaba con las campanillas de la servidumbre. Echó un último vistazo alrededor y comentó desolada—: Ahora mismo doy orden de que le suban un candelabro. Veo que se nos pasó dejarle uno.

Erin no deseaba causar más molestias, así que le aseguró que no sería necesario y que bien podrían proporcionárselo a la mañana siguiente. Le agradeció todas las atenciones, se dieron las buenas noches y por fin se quedó a solas.

Lo primero que hizo fue sacar de la jaula a Argos, que revoloteó unos segundos entre aquellas cuatro paredes, constatando la amplitud de la sala, y atravesó la ventana que Erin acababa de abrirle para que fuera en busca de su propio alimento.

Antes de acomodarse frente a la mesita que había junto a la chimenea para degustar el plato de cordero asado con verduras, la joven Galbraith usó el mueble con jofaina y aguamanil que engalanaba un rincón; el jabón olía a lavanda y el agua aún estaba calentita. Se miró en el espejo y, al toparse con sus ojos verdes, tan parecidos a los de su padre, sintió una inmensa tristeza. Seguía acordándose tanto de su familia... ¿Cómo podría soportar esa separación forzosa? Supuso que transcurridos sus cien primeros años como *banshee*, cuando los suyos ya no se encontraran sobre la faz de la Tierra, todo le resultaría más sencillo.

Para cuando acabó el delicioso plato de cordero se encontraba de mejor humor. Se cepilló el pelo frente al espejo del tocador, se desvistió —desde que se había mudado a vivir con *lady* Máda, sus vestidos eran mucho más discretos y le parecía una ventaja, ya que no precisaba de la ayuda de una doncella para quitárselos—, se puso el camisón de batista, con puntillas y gomitas a la altura de las muñecas y, como hacía desde que tenía memoria, se encaramó a gatas en la cama para, una vez alcanzada la almohada, apartar la colcha y colarse bajo la sábana.

No habían transcurrido ni veinte minutos cuando se percató de que durante la cena había ingerido más agua de la cuenta y de que, para más inri, llevaba demasiadas horas sin visitar un aseo. El sonido del mar que le llegaba desde el otro lado de la ventana había dejado de resultar embriagador para convertirse en un tormento fisiológico.

Examinó todos los lugares susceptibles de almacenar una bacinilla, sin resultado. «Vaya por Dios. ¿Y ahora qué hago? Voy a tener que buscar el aseo, y la señora Campbell no me ha informado de su ubicación en el castillo».

Entreabrió la puerta con temor a encontrarse con alguien al otro lado, pero solo halló oscuridad. Los sirvientes ya habían apagado los candelabros del corredor y no se veía ni un alma. Y aun-

que la hubiera habido, tampoco habría sido capaz de distinguirla en aquella penumbra, así que la prudencia le aconsejó no asumir riesgos innecesarios. Regresó sobre sus pasos y revisó los cajones del tocador y de la mesilla de noche. Los primeros permanecían a la espera de algún inquilino que pusiera fin al vacío que los llenaba, pero en los segundos encontró una Biblia, una palmatoria de cobre y una vela, que prendió con el fuego que ardía en la chimenea. Tras recogerse el cabello en una coleta mal hecha y taparse con una bata que iba a juego con el camisón, se atrevió a abandonar el cuarto.

El corredor por el que decidió aventurarse no era recto, y cuando fue a doblar un recodo para proseguir la búsqueda... ¡impactó con un objeto pétreo! ¿Habría topado con una estatua de mármol? Se vio repelida en un movimiento brusco que la desestabilizó y, cuando todo auguraba un desenlace fatal, con sus huesos yendo a parar contra el duro suelo de madera, unas manos rápidas la atraparon por la cintura.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó muerta de miedo al creerse sostenida por los firmes dedos de la escultura. Su confusión fue aún mayor cuando escuchó a la presunta efigie gruñir con una voz que retumbó contrariada:

—¿Qué demonios...?

Erin sintió que las manos del hombre —ya no le cabía ninguna duda de que aquello no podía ser una figura exangüe— tenían éxito en su objetivo de restituirle el equilibrio. Pero ni cuando logró enderezarla consintió él en soltarle el talle, por temor a que, de la impresión, pudiera sufrir un desvanecimiento.

Por fin el rostro del intruso abandonó la oscuridad y Erin consiguió verlo a la luz de su tímida vela. Inspiró profundamente por la sorpresa. Tenía ante sí a un hombre de veintitantos años, de bellas facciones, pero con el gesto versado de un varón que hubiera alcanzado el medio siglo de vida. Lo único de su figura que efectivamente recordaba a una estatua romana era su solemne nariz. Algunos mechones de su cabello castaño oscuro, largo y ondulado, se escapaban del lazo que aprisionaba el resto de la melena a la altura de la nuca, y una barba emergente, de apenas un par de días,

dejaba traslucir una mandíbula arrogante y muy masculina. Pero lo más impactante de aquel rostro eran sus ojos, los más azules e insondables en los que Erin se había visto reflejada nunca. Que la miraran ceñudos no les restaba ni un ápice de belleza.

—¿Quién diablos es usted? —le preguntó el desconocido con voz contrariada y un acento escocés tan poco marcado que incluso le pasó inadvertido a la joven.

Atemorizada por la proximidad de aquel extraño, a Erin no se le ocurrió nada mejor que armarse de valor para responder:

—Señor, ¿se ve capaz de pronunciar una sola frase sin necesidad de dar cabida en ella al maligno? Y, si no es mucho pedir, ¿podría soltarme ya? Puedo prometerle que soy capaz de, aun sin su ayuda, mantenerme en una verticalidad casi perfecta.

El hombre, fuertemente impresionado por las audaces palabras de la joven, observó aquellos ojos desafiantes y verdes como su piedra favorita, el jade. Se trataba de una mujer con una armonía poco corriente en sus rasgos, que comunicaban templanza, inocencia y rebeldía a un tiempo.

—Soy capaz. De ambas cosas —aseguró él, y como para demostrárselo consintió en liberar su cintura, aunque se resistió a dar un paso atrás—. ¿Podría responder ahora a mi pregunta?

Erin dedujo que vestía con un estilo demasiado relajado para tratarse de un caballero: camisa blanca holgada y entreabierta, que dejaba a la vista de quien quisiera curiosear una gran parte de su pecho, tostado por los rayos del sol; pantalón estrecho en color beis y botas altas hasta la rodilla con una capa considerable de barro en las suelas.

—Soy una invitada de la familia O'Connor. ¿Es usted un sirviente de la casa? —preguntó ella vacilante, porque, aunque la indumentaria del hombre le hablaba de orígenes humildes, su manera de expresarse y la seguridad que imprimía a sus palabras, como si la joven se encontrara en una audiencia frente al mismísimo príncipe regente, le hacían pensar que no podía tratarse de un criado.

Erin se ruborizó ante la mirada de desdén que le lanzó el extraño. No, era evidente que no trabajaba para la familia. Pero si

no se trataba de un O'Connor —ya que, según le habían informado, todos estaban fuera, en la velada organizada por los MacNicol—, ni era un lacayo ni cualquier otro sirviente...

—¡Cielo santo! ¿No será usted un bandido?

Si lo era y pretendía secuestrarla, estaba perdida, porque nadie de la familia O'Connor se encontraba en el castillo en esos momentos para protegerla de aquel maleante. Erin advirtió cómo se forjaba en los labios del desconocido una sonrisa engreída; los ojos le brillaban divertidos, como si ella efectivamente hubiera dado en el clavo sobre la naturaleza de su oficio, pero no dijo nada y se limitó a observarla.

—Señor, es mi deber informarle de que soy una persona muy querida para la poderosa familia que habita este castillo —lo amenazó mientras daba un paso lateral y miraba de reojo hacia el fondo del pasillo, intentando calcular a qué altura lograría atraparla si se le ocurría echar a correr. ¿Le daría tiempo a gritar y la escucharían la señora Campbell o alguno de los sirvientes?—. Si piensa hacerme daño, puede usted darse por muerto, porque los O'Connor me tienen en tan gran estima que no cejarán en su empeño hasta localizarlo, atraparlo y conducirlo ante la justicia. En el patíbulo le anudarán un bonito lazo en torno al cuello. Lo ahorcarán, y si tiene suerte... —dudó antes de continuar su truculento relato, convencida de que debía obligarse a ser lo más cruenta posible—. Si tiene suerte, se le quebrarán las vértebras y fallecerá en el acto. Y si no la tiene, y yo rogaré a los cielos por que así sea, las damas y los caballeros que hayan acudido a presenciar el espectáculo lo verán bailar en la cuerda mientras sufre una muerte lenta y agónica por asfixia.

Sin embargo, la única que parecía ahogarse bajo el peso de las palabras pronunciadas era ella misma. Las mejillas se le habían coloreado como si alguien se las hubiera pintado utilizando un par de frambuesas maduras como acuarela... y es que carecía de experiencia a la hora de lanzar amenazas de semejante rudeza.

Él, por su parte, tampoco se mostraba especialmente complacido por el desagradable discurso de la joven. Frunció el ceño ante una descripción tan descarnada de su propia muerte.

—Oh, sus plegarias servirían de muy poco, señorita. Me tengo en tan alta consideración que nunca permitiría que me dieran muerte por ahogamiento. Puedo vanagloriarme de tener muchos amigos en los bajos fondos de Fort William y me aseguraría de que contrataran a un mendigo que me tirara de las piernas en el momento en que el verdugo dejara caer la trampa bajo mis pies —relató mientras se pasaba una mano por el cuello y cambiaba su expresión adusta por una sonrisilla—. ¿Y dice que los O'Connor la tienen en gran estima? —preguntó con sorna mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

—Así es. Soy la pupila de una historiadora de renombre internacional, y también ella lo perseguiría a usted hasta el fin del mundo solo para cerciorarse de que es víctima del más lacerante de los decesos. Ni se imagina el tipo de contactos que posee mi tutora... —lo amenazó de muerte sin llegar a pronunciar el nombre de la Parca.

Las pupilas del desconocido destellaron como si una gran verdad le acabara de ser revelada.

—Eso suena muy bien —apuntó acercándose un paso más a ella, que lo miró sorprendida—. Oh, no me refiero a la muerte atroz que parece empeñada en reservarme. Pero si es cierto que usted resulta ser una muchacha de tanto valor para otros y finalmente me decanto por secuestrarla, el riesgo bien podría merecer la pena. Puedo pedir un rescate a los O'Connor y otro de similar cuantía a *lady* Máda O'Grady. Sin duda, llevarla conmigo sería un acto delictivo que reportaría pingües beneficios a mis alforjas.

A Erin le dio la sensación de que se burlaba de ella y que en absoluto tenía previsto raptarla: lo veía en su media sonrisa y en aquella presuntuosa mirada. Sin embargo, la postura corporal del individuo, amedrentadora y poderosa, le decía una cosa bien distinta... Un sudor frío le recorrió la columna. ¿De verdad querría hacerle daño aquel hombre?

—Es usted ciertamente elocuente, señorita... —Aguardó en silencio, invitándola a que ella completara la frase.

—Galbraith. Me llamo Erin Galbraith —contestó en tono orgulloso, como si su nombre y apellido pudieran servirle de escudo ante el ataque de aquel desalmado carente de escrúpulos.

—Bien, señorita Galbraith. Me he tomado unos segundos para pensarlo detenidamente, y como veo que alardea usted de contar con fieles amistades que me harían la vida imposible en caso de que decidiera secuestrarla —ella bufó ante el mensaje intimidatorio que encerraba aquel discurso—, no puede interesarme en absoluto darle más pábulo a esta conversación. Así que le deseo que pase una buena noche y... —pareció dudar— le ruego olvide, en la medida de lo posible, que me ha visto.

Y sin añadir una palabra más, el hombre avanzó con paso decidido por el corredor. Ella lo siguió con la mirada y, atónita por la osadía del intruso, vio que se plantaba ante la alcoba que estaba frente a la suya.

—Por cierto —se volvió él una última vez—, antes de meterse en la cama, no olvide cerrar con llave la puerta de su habitación —le recomendó con expresión irónica—. Que duerma bien, señorita Galbraith. Si es que esta noche se ve capaz de conciliar el sueño —murmuró en un tono de lo más impertinente.

—¡¿Pero adónde se cree que va?! —soltó Erin justo cuando el desconocido cerraba la puerta tras de sí.

Las dudas le bullían en la cabeza. Una de dos: o realmente aquel individuo era un salteador de la propiedad privada o, lo que parecía más probable, se había estado mofando de ella todo el tiempo y se trataba de alguien de la familia. A juzgar por su aspecto desaliñado, tal vez un primo lejano. Si ese era el caso y ella se atrevía a denunciarlo ante la servidumbre de la casa, haría el más espantoso de los ridículos. Apostar por la prudencia se le antojó lo más inteligente, así que tomó la decisión de regresar a su alcoba. Del susto hasta se le habían pasado las ganas de usar la letrina.

Tras asegurar la puerta con llave, como le había aconsejado el desconocido, la mente le jugó la mala pasada de volver a imaginar a aquel sujeto como un posible delincuente, alguien dispuesto a irrumpir en su habitación, en mitad de la noche, para asaltarla mientras ella dormía.

«¿Y en ese caso por qué me iba a recomendar cerrar la puerta por dentro?», se planteó con no escasa lógica.

No obstante, tomó el cuchillo que había empleado durante la cena, usó miga de pan para limpiarlo y lo depositó con cuidado sobre su mesilla de noche. Con los nervios algo inquietos, se desplomó sobre la cama y, tras unos minutos de reflexión, cayó en la cuenta de algo importante:

—Solo le mencioné que era la pupila de una historiadora de renombre. Fue él quien nombró a *lady* Máda.

Que el extraño conociera a la historiadora logró tranquilizarla, porque afianzó su teoría de que por fuerza debía tratarse de un pariente lejano de los O'Connor. Así que, en contra de los pronósticos de aquel hombre antipático, insufrible y arrogante, al poco de dejarse caer en el lecho, Erin fue capaz de conciliar el sueño.